



Antonio de Ciudad Real

“De la visita de la provincia del Santo Evangelio”

p. 68-75

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO X]

De la visita de la provincia del Santo Evangelio

Volviendo pues a Santiago Tlatilulco, donde quedó el padre fray Alonso Ponce, comisario general de la Nueva España, de camino ya para la visita de aquella provincia de México, es de saber que llevando en su compañía a su secretario, y para que le ayudase a un fraile de la provincia de Guatemala llamado fray Francisco Salcedo, buena lengua mexicana, predicador y buena pluma, y a fray Juan Cano el lego atrás dicho, salió del dicho convento algo de mañana, martes veintitrés de julio del año de mil quinientos ochenta y cinco, y pasado un buen pedazo de la laguna de México (de quien adelante se tratará) por una calzada de piedra de media legua, en que se pasan muchas acequias por puentes de madera, pasó últimamente una muy grande por una puente de piedra, junto a la cual está un poblecito de indios mexicanos, y en él, arrimada a un cerro, una ermita e iglesia llamada Nuestra Señora de Guadalupe, a donde van a velar y tener novenas los españoles de México y reside un clérigo que les dice misa. En aquel pueblo tenían los indios, antiguamente en su gentilidad, un ídolo llamado Ixpuchtli, que quiere decir virgen o doncella, y acudían allí como a santuario de toda aquella tierra, con sus dones y ofrendas. Pasó por allí de largo el padre comisario y luego allí junto, subió y bajó una mala cuesta que llaman de Guadalupe, y pasadas otras dos o tres no tan malas y dos o tres pueblos, entre ellos uno llamado Santa Clara, donde hay muchas y muy fértiles viñas de magueys y se hace el vino que atrás queda dicho, llegó temprano al pueblo y convento de San Cristóbal Ecatepec, tres leguas de Tlatilulco, dos y media de Guadalupe, y una de Santa Clara; fue allí muy bien recibido y detúvose hasta el sábado siguiente. Es aquel pueblo de mediana vecindad, está un poco apartado de la laguna de México, en la falda de un cerro pelado y muy airoso, y por eso le llaman Ecatepec, que quiere decir cerro de aire o viento, junto al cual, en la misma ladera, hay unas caserías y labores de trigo. Es aquel pueblo y los demás de aquella guardianía de indios mexicanos, que hablan aquella lengua y caen todos en el arzobispado de México. El convento es bonito, hecho de cal y canto, con su claustro alto y bajo, celdas y dormitorios, faltábale la iglesia y ésta tenía de prestado. El agua que allí beben es llovizada, recógenla en un bonito aljibe, y hay una anoria de agua salobre para la huerta, en la cual hay muchos duraznos y albarcoques, muchas parras y otros árboles, con mucha y muy buena hortaliza; fue aquel convento de los padres de Santo Domingo y diéronlo por otro a los nuestros, porque



a los unos y a los otros fue el trueque muy a propósito. Allí se celebró la fiesta de San Cristóbal que es la vocación del pueblo y convento, a la cual acudieron los indios de la guardianía y muchos españoles y hízose todo con mucha solemnidad y regocijo; allí vino por mandado del padre comisario para ser su *nauatlato* en aquella visita, fray Alonso Urbano, el que había ido a visitar la provincia de Yucatán, que a la sazón moraba en el convento de Tezcuco, y como dicho es, era lengua mexicana y otomí. Visitó el padre comisario aquél de Ecatepec, en el cual moraban a la sazón tres religiosos.

Sábado de madrugada veintisiete de julio, salió el padre comisario de San Cristóbal y allí junto a las mismas casas, pasó por una puente de piedra un río que llaman de Cuauhtitlán, con cuya agua muelen unos molinos que están pegados a la misma puente, y dejando el camino real de las carretas, tomó otro que va por junto a la laguna sobredicha de México, y pasados algunos arroyos que van a dar a ella, y unas ciénagas y pantanos por unas pontezuelas de madera, pasó asimismo por medio de un pueblo de indios mexicanos llamado San Bartolomé, visita de los padres agustinos de un convento allí cerca que se dice Aculma. Luego pasó junto a la iglesia otro arroyo por una puente de piedra, y andando un buen trecho por una calzada hecha a manos, llegó a otro pueblo de los mismos indios llamado San Cristóbal, de la guardianía de Tezcuco, por el cual pasa otro bonito arroyo, con cuya agua, allí dentro del pueblo, muele otro molino. Pasó de largo, y andado otro trecho y pasado otro arroyo, llegó a otro pueblo de los mismos indios y guardianía llamado San Luis; saliéronle los indios a recibir, pero no se detuvo con ellos más de a darles las gracias, y pasados otros dos arroyos por sus puentes de piedra, y andadas finalmente en toda aquella mañana cuatro leguas de buen camino, llegó temprano a decir misa a la cibdad y convento de Tezcuco, donde se le hizo muy solemne recibimiento y se detuvo hasta el martes siguiente. En este tiempo se visitó aquel convento, en el cual había estudio de artes, y se hizo elección de guardián, atento a que el que habían hecho en el capítulo de Xuchimilco, por ser muy viejo había renunciado y se le había admitido la renunciación. Salió electo por guardián el sobredicho fray Alonso Urbano, que como queda dicho iba por *nauatlato*, con el cual y con otros tres había el padre comisario general dispensado, con el parecer de los discretos de la provincia, para que pudiesen ser elegidos en aquella elección y en la de Tlaxcalla, cuya guardianía por otra renunciación semejante estaba vaca, no obstante que después de haber sido cuatro años guardianes no había pasado un año de vacatura. Sobre esta elección de Tezcuco hubo después nuevos pleitos y no pequeños,

como adelante se dirá. Está aquel convento acabado, con su claustro alto y bajo, dormitorios, iglesia y huerta, la cual está muy bien cercada y tiene muchos membrillos, parras, duraznos, higueras, melocotones y nogales, y un buen esparragal, con mucha y muy buena hortaliza; riégase todo con un buen golpe de agua que le entra encañada. Es aquel el convento más antiguo de la provincia y donde se dice por cierto que se edificó la primera iglesia de las de Nueva España. Allí está la cabeza de fray Juan de Rivas, uno de los doce primeros frailes que vinieron a estas partes, varones apostólicos y de mucha sanctidad; tiénenla en una ventana guardada con una reja de hierro, junto al altar colateral a la parte de la epístola en la capilla mayor, junto a la puerta por donde van a la sacristía. Están asimesmo enterrados en aquella iglesia, otros dos religiosos que en su vida fueron tenidos por siervos de Dios y verdaderos frailes menores, el uno se llamaba fray Juan de Aora, sacerdote flamenco, uno de los tres primeros frailes que vinieron a aquella tierra antes de los doce, el año de veintitrés; el otro se llamaba fray Miguel de las Garrobillas, asimesmo sacerdote español, que fue a aquella tierra después de los doce, el año de treinta y uno. La vocación del convento de Tezcuco es de San Antonio, en el cual cuando no hay estudio moran de ordinario cinco y seis religiosos.

La cibdad de Tezcuco está fundada muy cerca de la laguna de México, siete leguas de aquella corte; tiene gran población de indios, cae con todo su distrito en el arzobispado de México, hablan los tezcucanos la lengua mexicana muy cortada y polida, y toda es gente devota muy particular de nuestro estado. En la sierra, que no está lejos de allí a la banda de oriente, hay algunos indios otomíes, y los unos y los otros están a cargo de nuestros frailes quanto a la doctrina y sacramentos. Solía ser Tezcuco y su tierra antiguamente reino por sí, que no reconocía vasallaje al de México. Dicen que cuando llegó allí el marqués del Valle la primera vez, había sesenta mil indios de guerra y que pasados algunos años los contaron y no hallaron sino diez y ocho mil, y cuando el padre comisario general llegó allí, apenas había cinco mil, y desta manera van mermando en toda la Nueva España, así por pestilencias y mortandades que ha habido, como por malos tratamientos que les han hecho. Desde aquella cibdad fueron por la laguna los bergantines con que se ganó México; residen en ella como cien españoles, dellos obrajeros que hacen paños, sayales y jergas, dellos labradores y dellos tratantes y mercaderes. Hácense allí muy buenos sombreros de frailes y de seglares, hácense rosarios, dedales, devanadores y otras curiosidades, porque son los indios muy hábiles. Hay en aquella cibdad una casa que llaman *tecpam*, la cual fue del rey de Tezcuco, en que él moraba, y aunque antigua es muy de ver; hay en ella muchos y muy buenos aposentos y una buena

huerta, una legua de allí está otra *tecpam* en un cerro, que era la casa de recreación del mismo rey; es muy vistosa, pero está maltratada y de antigua se va cayendo y arruinando; sacrificaban en ella en su gentilidad mucha carne humana.

Miércoles treinta y uno de julio, dejando allí en Tezcuco el guardián recién electo por su presidente al que leía las artes, salió el padre comisario muy de madrugada de aquella cibdad y convento, y andada media legua larga de camino llano, en que se pasan un arroyo o dos, llegó antes que fuese de día al pueblo de Chiautla. Pasó de largo sin detenerse, y pasado otro u otros dos arroyos, llegó, por camino llano, al camino real de los carros que había dejado cuando salió de Ecatepec, el cual va desde México a la Veracruz, y andadas por él tres leguas y media, en que se pasan otros dos arroyos, y últimamente una barranca por una puente de piedra (como atrás queda dicho), llegó a decir misa al pueblo y convento de Otumba, donde se le hizo muy solemne recibimiento. El convento está acabado, con su claustro alto y bajo, celdas, dormitorios y iglesia, todo de buen edificio; tiene una muy buena huerta en que se dan los mismos árboles y hortaliza que en Tezcuco, riégase con un golpe de agua que se sangra de una fuente que trujo a aquel pueblo un fraile nuestro de aquella provincia, por unos arcos de obra maravillosa que el día de hoy se llaman de Tembleque, del nombre del dicho fraile. La vocación del convento es la Concepción, moraban en él cuatro religiosos, visitolos el padre comisario y detúvose con ellos dos días. El pueblo de Otumba cae ocho leguas de México entre oriente y norte, es de gran población de indios mexicanos, tiene muchos sujetos de los mismos indios, entre los cuales hay algunos otomíes, y todos caen en el arzobispado de México.

Viernes dos de agosto, día de la Porciúncula, salió el padre
AGOSTO comisario, antes que amaneciese, de Otumba con un indio
1585 por guía, el cual como era de noche, yendo por unas barran-
quillas y cuesta arriba, perdió el camino y le llevó a unas
casas y milpas de indios donde le amaneció y se echó de ver el yerro. Pu-
siéronle los indios en el camino que había dejado, y mostrándole por donde
había de ir, se volvieron, y al subir pasó un portezuelo, el cual bajado, llegó
a un razonable pueblo de indios mexicanos llamado Santiago, visita del
convento de Calpulalpa, de donde le salieron a recibir los vecinos con
gran fiesta y solemnidad. Sacaron buen trecho del pueblo un Cristo grande,
de bulto, crucificado, con sus acólitos y ciriales y su turiferario que le iba
incensando con una devoción y sinceridad *extraña*; allá junto a la iglesia,
en medio de la calle, tenían la imagen de Santiago, asimesmo de bulto,
puesta en un caballo blanco, enjaezado y el santo armado, y hechos muchos
arcos le recibieron con músicas de trompetas y flautas. Dioles las gracias

el padre comisario y pasó adelante, y pasados otros dos pueblos de los mismos indios y visita, en que también se le hizo muy buen recibimiento, finalmente andadas cinco leguas y pasado a lo último un arroyo por una puente de piedra, llegó al pueblo de Calpulalpa a tiempo que dijo misa y hizo sus diligencias para ganar el jubileo de aquel día; fue allí recibido con mucha solemnidad y no pequeño contento, así de los indios como de los frailes. El convento no estaba acabado ni tenía iglesia sino de prestado, el claustro bajo estaba hecho, con un cuarto alto y parte de otro en que moran los religiosos, que de ordinario son dos; la vocación es de San Simón y Judas. Visitóle el padre comisario y detúvose allí sólo aquel día. Hay en aquel convento un aljibe y cisterna muy grande de agua llovediza, adonde los indios acuden por agua cuando les falta en las cisternas que ellos tienen, porque carecen de agua de pie hasta que llegue al pueblo la fuente que traen encañada de muy lejos de allí; hay también en aquel convento una bonita huerta que aunque sin agua de pie, lleva muchos y muy buenos duraznos y alcaucúes, y en tiempos de aguas se hace mucha y muy buena hortaliza en ella. El pueblo es de mediana vecindad de indios mexicanos, el cual, con los demás de aquella presidencia, cae en el arzobispado de México, y entre ellos hay algunos pueblos de otomíes.

Sábado tres de agosto salió el padre comisario al amanecer de aquel pueblo, y andadas tres leguas de camino llano en que se pasa un poblecito o dos, llegó al pueblo y convento de Appa, donde se le hizo recibimiento muy solemne; la vocación es de la Asunción de nuestra Señora. Residen allí en aquella casa dos religiosos; no hay en ella más de un cuarto en que moran; la iglesia está de prestado; hay una bonita huerta en que entra una poquita de agua con que se riega la hortaliza y muchas rosas castellanas y duraznos que hay en ella. Visitó aquel convento y detúvose en él aquel día y el siguiente. El pueblo es pequeño, de indios mexicanos y otomíes, tiene sujetos de unos y de otros, y todos los que están en aquella presidencia caen en el arzobispado de México.

Lunes cinco de agosto salió de Appa el padre comisario muy de madrugada, y andadas cinco leguas por unos llanos muy largos, en que se pasa una barranca por una puente de piedra a las tres leguas, y después algunas barranquillas, llegó temprano al pueblo y convento de Hueyotlipan; hízosele allí muy solemne recibimiento, dijo misa y visitó el convento, el cual no tenía hecho más que un cuarto, y no se detuvo en él más de solo aquel día. Hay en aquella casa una bonita huerta en que se dan muchos y muy buenos duraznos y algunas tunas, no obstante que no tiene agua de pie. La vocación es San Ildefonso; moraban allí dos religiosos. El pueblo es de mediana vecindad, de indios otomíes, de los cuales son los demás pueblos de aquella presidencia; todos caen en el obispado de Tlaxcalla



y son de la jurisdicción de aquella cibdad. Dase en Hueyotlipan mucha grana y hay junto al pueblo una laguna mediana de agua llovediza que nunca se agota, péscanse en ella unos pescadillos pequeños y sabrosos. Allí y en Appa hace mucho frío y saben bien las frezadas.

Martes seis de agosto salió el padre comisario muy de día de Hueyotlipan, y subida allí junto una mala cuesta y pasadas muchas barranquillas, llegó, andadas tres leguas, al pueblo y convento de San Felipe, llamado en aquella lengua Cuixtla. Estaba toda la gente del pueblo junta, y de los demás de aquella presidencia había muchos indios e indias, y los unos y los otros le recibieron con gran solemnidad, hechos a trechos muchos arcos y ramadas, con danzas y bailes a su modo; salieron muchos niños y niñas con cañas verdes en las manos levantadas en alto con sus hojas, en señal de contento, fiesta y alegría, lo cual usan en aquello de Tlaxcalla en semejantes solemnidades. Dijo luego misa el padre comisario y oyóla toda la gente; visitó el convento en que moraban dos frailes, y detúvose con ellos aquel día y el siguiente. El convento estaba acabado, con su claustro alto y bajo, celdas y dormitorio; la iglesia no estaba hecha y vase haciendo; hay allí junto a la misma portería una bonita capilla en que se dice misa a los indios y se guarda el santísimo sacramento, la cual tiene puertas que se cierran con llave para mayor seguridad; fuera desta capilla hay un gran portal que sirve de iglesia, donde se congrega la gente. Destas mismas capillas usan en aquella provincia en los conventos donde no hay iglesia, aunque no tienen en ellas el santísimo sacramento, por no haber la comodidad que en aquella de San Philipe, pero tíenleno allá arriba, en alguna celda o aposento hecho aposta, con mucho ornato y decencia, y allí rezan los frailes el oficio divino, y aunque hay iglesia en el convento tiene también semejantes capillas en los patios para decir misa y predicar a los indios, sin temor de la agua, porque por maravilla llueve por la mañana en aquella tierra. La huerta de San Philipe es buena, bien poblada de duraznos, higueras, parras, nogales y otros árboles, con muchos espárragos y hortaliza; riégase todo con un buen golpe de agua que viene todo el año al pueblo y entra en el convento y huerta. Aquel pueblo es de gran vecindad, sus vecinos y los demás de aquella presidencia, unos son mexicanos, otros otomíes, pero todos del obispado y jurisdicción de Tlaxcalla. Desde allí envió el padre comisario al guardián de aquel convento al puerto de San Juan de Ulúa con recabdos para recibir los frailes que se esperaban de España en aquella flota, y para que también diese el parabién de su llegada al virrey, que asimesmo se aguardaba entonces.



Jueves ocho de agosto salió ya de día de San Philipe, y pasados tres arroyos, el uno por el vado y los dos por puentes de piedra, y después un poblecito y más adelante el río de San Juan por otra puente de piedra, y andadas dos leguas de camino llano pasó por la puerta del patio de la iglesia del mismo pueblo de San Juan de Tlaxcalla, donde había hechos algunos arcos y le estaban aguardando muchos indios; agradecióselo el padre comisario y pasó adelante, y pasado allí junto por una puente de madera el río de Tlaxcalla entró en aquella cibdad, en la cual se le hizo muy solemne recibimiento y le recibieron frailes y indios con mucho contento y alegría. La vocación del convento es la Asunción de nuestra Señora; había en él entonces estudio de artes y cuando no le hay moran siete o ocho religiosos en él; estaba acabado, con sus dos claustros altos y bajos, dormitorios y celdas, iglesia y huerta, en la cual se dan muchas nueces, duraznos y otras frutas, y todo género de hortaliza; hay en lo alto de la huerta unas fuentes y estanques de agua muy linda con que la riegan, y junto a los estanques unas ermitas muy devotas. Allí en aquel convento se detuvo el padre comisario hasta el martes siguiente, trece de agosto, y en estos días le visitó, y queriendo hacer elección de guardián, porque el electo por el capítulo intermedio, por ser muy viejo había renunciado como el de Tezcuco, y se le había admitido la renunciación, al primer escrutinio salió electo por guardián el lector de artes de aquel convento, pero no le quiso confirmar el padre comisario ni le confirmó, antes anuló y casó la elección, porque el electo no tenía más de veintiocho años de edad; insistió el electo en que le confirmase, pidiéndolo como por justicia, y las causas por donde no lo confirmaba, con demasiada libertad; finalmente, el lector y dos estudiantes se descomidieron, y el padre comisario los castigó, quitando al lector la lectoría y a los estudiantes el estudio, y puso otros en su lugar; no se pasó adelante en la elección, sino puso por presidente en aquel convento a fray Hierónimo de Mendieta, fraile viejo, honrado y principal, y buena lengua mexicana. Estando el padre comisario en aquel convento, le llegó nueva cierta de que en el de San Francisco de México habían una noche herido a fray Pedro de Zárate, el que era allí procurador general de todas las provincias y comisario de aquella corte, y que estaba mal herido en la cabeza, y el convento inquieto y alborotado, y que esto había sucedido el día de la Transfiguración, antes que amaneciese, seis del mismo mes de agosto. Para sosegarlo todo, determinó dar luego la vuelta a México muy aprisa, y así lo hizo, como agora se dirá. Pero antes que esto se trate será bien y bien a propósito decir algo de aquella cibdad de Tlaxcalla, como se ha dicho de los demás pueblos donde hay conventos.



La cibdad de Tlaxcalla es muy grande y populosa, está situada en unas barrancas cerca del río de Tlaxcalla, que atrás queda dicho; están edificadas las casas en las laderas de aquellas barrancas, unas sobre otras como escalones y así parecen un poco al sitio de las casas de Toledo; los edificios son de adobes y ladrillo y algunos de piedra; la plaza es cuadrada y grande, con muchos portales y tiendas por los dos lienzos; en el tercero están las casas reales, que son grandes y bien edificadas, y en el cuarto está el mesón y otras casas. En esta plaza hay mercado todos los sábados y acuden a él de toda aquella comarca, que es muy espaciosa y habitada, a vender y comprar; véndense allí muchas cosas y entre ellas gran cantidad de grana de la que se coge en todo lo de Tlaxcalla; los que la compran son españoles, los cuales están asentados en aquella plaza y portales en unos banquillos, pesando y recibiendo con unos pesos pequeños la grana que traen los indios cogida de sus tunales, y páganles luego en reales sencillos y no en otros, porque así los quieren los indios por no engañarse con los de a dos y de a cuatro, y para esto tienen allí montoncillos dellos. Es gran trato este de la grana, y en que muchos se han hecho ricos, y para que no se haga agravio a los indios que venden esta mercadería, hay puesto un juez, al cual llaman juez de la grana, oficio honroso, y según dicen, de mucho interés y provecho, aunque parece que, según el refrán antiguo, no se compadecen estas dos cosas juntas.

Los tlaxcaltecas son los que ayudaron al marqués del Valle contra los de México y con cuyo favor, después de Dios, se ganó toda la Nueva España. Tienen algunos privilegios, especial uno, que no pagan tributo como los demás sino cierta suma de hanegas de maíz entre todos, que a cada uno cabe muy poco. Hablan los de Tlaxcalla y muchos de los sujetos la lengua mexicana, no tan cortada ni polida como los de México y Tezcuco; otros pueblos hay entre éstos que hablan la lengua otomí y todos caen en el obispado de Tlaxcalla, de la cual él tomó la denominación. Solía antiguamente residir allí el obispo, pero ya está y reside en la Puebla de los Ángeles, y de allí se llama también obispo y obispado de la Puebla. Tiene aquella cibdad de Tlaxcalla mucha jurisdicción y muchos pueblos sujetos, y en ellos nueve conventos nuestros, sin el de la cabecera, y ninguno de otra orden ni menos clérigo, porque toda es gente devotísima de nuestro estado y hábito y no quieren otros de otro. Unos llaman a aquella cibdad Tlaxcallan, porque en toda su comarca se coge mucho maíz, que es tierra fertilísima; otros la llaman Tlaxcallan, por estar como está entre peñas y piedras; ambos nombres le cuadran, pero más común y usado es Tlaxcallan. Con esto poco que se ha dicho de aquella cibdad, se podrá tratar ya de la vuelta que el padre comisario dio para México.